**Domingo primero del Evangelio de Marcos (27.11.2016): Marcos 1,1-8.**

***Buscáis a Jesús de Nazaret… Id… a Galilea. Allí le veréis* (Marcos 16,6-7)**

***Comienzo.*** Esta es la primera palabra del relato sobre Jesús de Nazaret que alguien en algún lugar y en algún momento se atrevió a escribir y que hoy conocemos como ‘Evangelio de Marcos. ‘Comienzo’ era también la primera palabra de la Ley (Génesis 1). Y ‘comienzo’ fue después también la primera palabra del llamado Evangelio de Juan. Con esta palabra coloco la primera piedra de los cincuenta y dos comentarios que deseo escribir domingo a domingo a lo largo de este año eclesiástico de 2016-2017.

Como me sigue desagradando la propuesta evangelizadora de nuestra liturgia dominical he decidido este año volver a Galilea de la mano y letra de la fe de María Magdalena para ‘ver’ a ese Jesús de Nazaret al que amó y de quien escribió cuando ya no pudo guardárselo sólo para ella misma: *“Buscáis a Jesús de Nazaret, el crucificado. Vive. No está aquí. Ved el lugar... Pero id a decir a sus discípulos y a Pedro que irá delante de vosotros a Galilea. Allí le veréis como os dijo. Ellas* [María Magdalena, María la de Santiago y Salomé] *salieron huyendo del sepulcro con temor y temblor. Y no dijeron nada a nadie porque tenían miedo…”* (Marcos, 16,1-8).

Esta mujer, evangelizadora, se atrevió a contarnos en su escrito la experiencia de haber visto, oído, tocado, olido y comido a Jesús de Nazaret, el hombre de carne y hueso al que conoció en Galilea en los días de su vida: *“Había allí unas mujeres mirando desde lejos. Entre ellas estaban María Magdalena, Salomé y María la madre de Santiago y de José, que le habían seguido-servido desde cuando estaba en Galilea. Y estaban también otras muchas que habían subido con él a Jerusalén”* (Marcos 15,40-41). Antes de que Jesús tuviera seguidores ya tenía seguidoras. Y María Magdalena fue la primera.

*“Comienzo de la Buena Noticia de Jesús, hijo de Dios y mesías”* (Marcos 1,1). ¿Podría decirse que este es el título de la obra escrita por esta mujer evangelizadora? He escrito en minúscula ‘hijo’ y ‘mesías’. Creo que sólo leyendo todo el relato completo se comprende que el mesianismo de Jesús es su no Mesianismo (Marcos 8,27-33). Y así sucede también con su ser hijo, como lo somos todos los vivientes (Marcos 3,20-35). Él fue tan especial como todos.

*“Apareció Juan en el desierto y bautizaba…”* (Marcos 1,2-8). ¿Quién es esta persona, de dónde proviene, cuál es su familia, por qué ha llegado hasta aquí? Lo que sí está claro es que viste y come como lo hacía el viejo profeta judío Elías y, también como él, es un hombre del desierto. Habla de un bautismo con agua que sólo él práctica y que perdona los pecados como lo hacen los sacerdotes del templo de Jerusalén. Juan bautiza y perdona gratuitamente. En el templo se pagan los sacrificios por los pecados. Su bautismo es escandalosamente revolucionario.

Al oír y ver a este Juan (1,5), las gentes se preguntaban: ¿será que Elías ha vuelto como perdonador de pecados? ¿Quién es este Juan y por qué ha llegado a hablar, vivir y bautizar como él lo hace y no como lo ordena la llamada Ley de Dios y de los Sacerdotes de su Templo? ¿Quién es este hombre y por qué vive así? Esta es la pregunta que ningún lector de Marcos puede dejar de hacerse y responderse. También, creo, que se la hizo Jesús. Y su respuesta fue ir, verlo y estar con él. Me impresiona constatar que Jesús decidió ser un aprendiz. **Carmelo B.**

**Domingo primero de Adviento (27.11.2016): Mateo 24,37-44.**

***“Se proclamará esta buena noticia del reino en el mundo entero”.* Por eso escribo ¡CONTIGO!**

En cada año, el domingo más cercano a la fiesta de san Andrés (30 de noviembre) es siempre el primero de los cuatro domingos llamados ‘de Adviento’. Estos cuatro, según la original tradición francesa, forman esa corona del adviento que se va iluminando semana a semana con sus cuatro velas. La luz. ¿Qué luz?, me pregunto. La de las velas, porque la luz de la llamada ‘Palabra’ creo que se apaga más que lo que se enciende. Me duele decirlo.

No me lo puedo callar. Esta liturgia de nuestras misas de Adviento proclama cuatro relatos evangélicos seleccionados ‘a salto de mata’ en el texto de los Evangelistas Mateo y Juan. ¿Desea esta iglesia del dogma litúrgico escucharse a sí misma y su palabra o dejarse iluminar por el Evangelio? ¿Cómo se puede iniciar la lectura del libro del Evangelio según Mateo por un trocito minúsculo de su capítulo vigésimo cuarto? ¿En qué cabeza cabe? Cabe en una cabeza muy intencionadamente manipuladora: ¡Creo que se nos quiere meter el miedo en el cuerpo y en la respiración! Y con el miedo nos llega la parálisis, el engaño y la explotación.

No me crean lo que escribo, pero léanlo y busquen sus respuestas en el texto de Mateo 24,37-44. ¿Por qué leer solo estos versículos si forman parte de un hermosísimo discurso que el Evangelista colocó en boca de Jesús de Nazaret? Se trata de un discurso que abarca el vigésimo cuarto y vigésimo quinto capítulos de este Evangelio. El discurso comienza así: *“Mirad que nadie os engañe”* (Mateo 24,4). Y sabe el lector que el discurso se ha acabado al llegar a la afirmación: *“Cuando acabó Jesús todos estos discursos…”* (26,1).

Debo añadir que este discurso (24,1 a 26,1) es el quinto y último de los discursos que este Evangelista ha puesto en labios de Jesús de Nazaret. Ninguno de estos cinco discursos de Jesús lo encontramos tal cual en ninguno de los otros tres Evangelistas. Los cinco discursos son obra de la creación literaria y teológica del escritor o escritores del llamado Evangelio de Mateo. Lo iré comentando a lo largo de este año en el que esta iglesia debería ofrecernos la posibilidad de leernos y comentarnos completo y seguido el tesoro de esta Buena Noticia. ¿Por qué no nos lo regala seguido y completo? Porque cree tener una luz más diáfana y verdadera. ¡Qué pena!

Sugiero muy vivamente que se lean estos dos capítulos que acabo de citar del Evangelio de Mateo. Sólo así se caerá en la cuenta de que este asunto del ‘final’ no se refiere a la vida. A nuestra vida, sino a la vida del Templo de Jerusalén y a su Religión. Que nadie engañe a nadie (24,4) sobre este asunto de la Religión de la Ley que mantienen los Sacerdotes: *“Salió Jesús del Templo y se le acercaron sus discípulo para mostrarle las construcciones del Templo. Pero él les respondió: ¿Veis todo esto? Yo os aseguro que no quedará aquí piedra sobre piedra. Estando luego sentado en el monte de los Olivos se acercaron a él en privado sus discípulos y le dijeron: Dinos cuándo sucederá eso y cuál será la señal…”* (24,1-3).

Y la respuesta está bien clara en el texto del Evangelista que alguien parece que nos quiere ocultar: ***“Se proclamará esta Buena Noticia del Reino en el mundo entero… Entonces será el fin”*** (24,14). ¿Cuál es esta Buena Noticia del Reino? No haríamos esta pregunta si ya nos hubiéramos leído lo que hasta aquí nos relató Mateo. Este hombre, Jesús, es la Buena Noticia.